

traste que forma la aridez del sistema atomístico y sus extrañas visiones acerca de la formación de la tierra, con la viva descripción de la raza humana saliendo de los bosques; para labrar los campos, vencer las fuerzas de la naturaleza, cultivar su espíritu, perfeccionar su lenguaje y fundar la vida civil.

Si un hombre de estado, en medio de una vida agitada, conserva en su corazón un placer vivo por la naturaleza y el amor á la soledad, es menester buscar el origen de estos sentimientos en las profundidades de un carácter noble y grande.

El conocimiento de las obras de Virgilio y de Horacio se halla tan generalmente extendido entre todos los que se dedican ó se hallan iniciados en la literatura latina, que sería supérfluo el extraer pasajes para recordar el vivo y tierno sentimiento de la naturaleza que anima algunas de sus composiciones. En la epopeya nacional de Virgilio, por el mismo carácter de este género de poema, la descripción del paisaje debía ser un simple accesorio y no podía ocupar sino un lugar muy pequeño. En ninguna parte se nota que el autor se adhiera á describir lugares determinados; pero los colores armoniosos de sus cuadros revelan una profunda inteligencia de la naturaleza. ¿Dónde han sido representados más felizmente la calma del mar y el reposo de la noche? ¿Qué contrastes más graciosos entre las imágenes serenas y las enérgicas pinturas de la borrasca, entre la caída de las rocas y la erupción del Etna!

Las descripciones de la naturaleza no dejan de ser menos raras entre los prosáicos romanos que entre los prosáicos griegos; los grandes historiadores Julio César, Tito Livio y Tácito no hacen más que describir un campo de batalla, el pasaje de un río ó desfiladeros impracticables en las montañas; no acuden á la naturaleza más que cuando sienten la necesidad de representar al hombre luchando contra los obstáculos que ella le opone.

Mientras que se agitaban los sentimientos que inspiraba la antigüedad clásica, y que, desviando los espíritus del estado pasivo del mundo inanimado, los había conducido hacia la acción y la manifestación de las fuerzas humanas, un espíritu nuevo salía á la luz del día: el Cristianismo se esparcía poco á poco y á todo alcanzaba su benéfica influencia. Ocupado, al mismo tiempo que prevalecía como religión del Estado en la franquicia civil de la raza humana y en la rehabilitación de las clases inferiores, libertaba también la naturaleza ensanchando su horizonte. La vista no se fijaba ya constantemente en las formas de los dioses del Olimpo. El Creador se muestra tan grande en la naturaleza inanimada como en la naturaleza viva, en la lucha desordenada de los elementos, como en el curso lento de un desarrollo orgánico. Desgraciadamente la disolución sucesiva del poderío romano llevó consigo la corrupción del lenguaje, la imaginación perdió su poder creador, la simplicidad y la pureza de la dicción se alteraron al principio en los países latinos, y más tarde en el imperio griego. El gusto de la soledad, la costumbre de las meditaciones sombrías, el recogimiento interior, han dejado en todos los escritos de este tiempo señales bien manifestadas. La lengua y el estilo general han sufrido igualmente.

Cuando llegan á desarrollarse en el mundo sentimientos nuevos, se encuentran algunos gérmenes precoces y profundamente grabados. Mas de una vez se ha explicado la languidez que se encuentra en Mínerma por una disposición sentimental del alma.

El mundo nuevo de ninguna manera ha roto bruscamente su alianza con el antiguo; pero los cambios verificados en las ideas religiosas de la humanidad, en los sentimientos morales y aun en la vida exterior de los pueblos que actúa sobre el espíritu de la multitud han hecho brillar repentinamente lo que se había ocultado hasta entonces á su atención. El Cristianis-

mo condujo los espíritus á la investigación del testimonio de la grandeza y escelencia del Creador en el orden del mundo y en la sublimidad de la naturaleza.

La tendencia á glorificar la divinidad debió atraer el gusto de las sorprendentes descripciones de Minucius Félix y de San Basilio. Las homelías de San Basilio sobre el Hexamenon atestiguan que poseía un sentimiento profundo de la naturaleza. Pinta las dulzuras de las noches eternamente serenas del Asia Menor, donde, según su expresión, los astros, flores inmortales del cielo, elevan el espíritu del hombre de lo visible á lo invisible. Si en la imagen de la creación del mundo quiere celebrar las bellezas del mar y los aspectos variados y cambiantes de esta llanura sin límites, describe el suave movimiento de las aguas por el soplo de los vientos, el bello reflejo de una luz ya blanca, ya azul, ya roja, y el juego agradable que nos presentan sus orillas.

El respeto hacia la Divinidad por la contemplación entusiasta de la naturaleza, no solamente atrajo el gusto de las descripciones poéticas, sino que también se puede decir que en el primer fervor de la nueva fe su admiración caminaba siempre mezclada con el desprecio de las obras humanas. Parece que la elocuencia encontró su elemento y su libertad en el retiro de las selvas y montañas de la Siria y del Asia Menor.

Cuando más tarde, en los tiempos enemigos de toda civilización, se extendió el Cristianismo entre las razas germánicas y célticas, que no conocían hasta entonces más que la religión natural, y honraban bajo groseros símbolos las fuerzas conservadoras ó destructoras del universo, el comercio íntimo con la naturaleza y el estudio de sus misteriosas fuerzas llegaron á ser considerados como encantos; el conocimiento del mundo exterior pareció entonces tan peligroso como lo fue á los ojos de Tertuliano, de Clemente de Alejandría y de casi todos los antiguos padres. En los siglos *xii* y *xiii* los concilios de Tours y de París prohibieron á los monges la lectura de las obras de física. Alberto el Grande y Rogerio Bacon fueron los primeros que rompieron con valor las barreras del espíritu humano, absolviéron la naturaleza y la restablecieron en el mundo de las ideas con sus antiguos derechos.

Hemos manifestado hasta aquí la oposición que en las literaturas griega y latina, tan íntimamente ligada la una á la otra, se ha manifestado según la diferencia de los tiempos. Pero el contraste que produce en la manera de sentir no es felizmente efecto del tiempo ó de las revoluciones por las cuales han formado insensiblemente los gobiernos; las costumbres y las religiones, son las que causan principalmente la variedad de las razas y su genio originario. ¿Qué oposición no se nota en el sentimiento de la naturaleza y en el color poético de las descripciones, entre los griegos, los germanos del Norte, las razas semíticas, los persas y los Hindus! El amor de la naturaleza, particular de las razas contemplativas de la Germania, se manifiesta en los más antiguos poemas de la edad media, igualmente que el de los Hindus en las poesías de Kalidasa. Los hebreos se distinguen sobre todo porque abrazan siempre el mundo en una unidad imponente, comprendiendo á la vez el globo terrestre y los espacios luminosos del cielo. Rara vez se paran en los fenómenos aislados, ni tienen sino placer en contemplar los conjuntos. No representan la naturaleza como teniendo una existencia distinta, y poseyendo un derecho á los homenajes por su propia belleza; aparécese siempre á los poetas hebreos en su relación con el poder espiritual que la gobierna desde las alturas. La naturaleza es para ellos una obra creada y ordenada, la expresión viva de un Dios presente en todas las maravillas del mundo sensible.